

EL RAVAL, UN BARRIO ECUMÉNICO

Situado fuera de las murallas que rodeaban la ciudad de Gandia, el Raval fue antes judería y aljama. Eran los tiempos de la *canyamel*, los trapiches y el azúcar, la gran riqueza del Ducado. Según me cuenta el historiador, y sin embargo amigo, Santiago La Parra, este azúcar lo comercializaba en toda Europa la compañía alemana Grosse Ravensgurge Handelsgessellschaff, desde Real de Gandia.

En el Raval convivían judíos, moros y cristianos. Y al atardecer, de dorados ocres y suavidades olorosas, los de Mahoma, finalizados los trabajos entre acequias, azadas y acebuches, se reunían en la mezquita para oír la palabra coránica y aljamiada del alfaquí. En la sinagoga, el rabino –capelo, tora y candelabro de siete brazos– leía el Talmud y circuncidaba con la navaja barbera a los tiernos infantes elegidos por Yavhé. Y en la iglesia, los fieles cristianos comulgaban la sangre y el cuerpo de Cristo como alimento espiritual.

Desgraciadamente, el buen rollo entre las tres religiones duró poco y los Reyes Católicos, haciendo honor a su apelativo, expulsaron a los no católicos e impusieron la religión única.

Desaparece la concordia y la tolerancia y comienzan las rivalidades teocráticas que tantas tragedias han producido a lo largo del tiempo.

Hoy en el Raval conviven, junto a la iglesia católica y a la mezquita musulmana, todo tipo de iglesias, dioses y creencias: testigos de Jehová, adventistas del séptimo día, mormones, presbiterianos, evangélicos, metodistas...

También los dioses paganos tienen su iglesia en el Raval. Para los adoradores del dios Baco, está Casa Colau donde antaño, cuando la iglesia de san José estaba en obras, se celebraba la misa con olor a brandys y anisados. Los que practican la devoción fallera, tienen su iglesia en el Museo Fallero donde deberían entronizar al dios del fuego, Vulcano. Hasta que llegó la crisis (de tantas cosas), los fieles de la diosa Talía celebraban sus "funciones" religiosas en el Teatro Pluja. Dos ermitas emblemáticas se asientan también en el Raval, la de san Vicente, donde antaño hubo escuela para los gitanos que vivían bajo del puente, y la de Martorell, donde según el historiador Chabás, reposa el cuerpo del autor del *Tirant lo Blanch*. Además, existe también una sinagoga e incluso me han hablado de un piso donde se celebran misas negras.

Lo curioso es que todas las religiones ofrecen lo mismo: la vida eterna, el cielo, el paraíso. Porque desde el principio de los tiempos, el hombre, acojonado por la muerte, ha buscado consuelo

creyendo que hay otra vida mejor. Y esa es la mercancía que nos venden las religiones: la vida eterna

De entre todos los dirigentes religiosos que he conocido en el Raval, el más carismático fue don Alfredo Bono, un cura leído e ilustrado, un hombre liberal y afable que humanizaba la religión. Y en la misa del Jueves Santo, con la iglesia llena hasta los topes, impartía la absolución general dando la paz y la felicidad a toda su feligresía. Y por si todo esto fuera poco, cocinaba una exquisita paella con bacalao, coliflor y ajos tiernos, alrededor de la cual nos reunía a sus amigos a los que nunca trató de vendernos el cielo

Para información de Gema Hernández Orquín, diré que la paella es lo único que nos hermana a todos. Y, os puedo asegurar, que en cielo no hay paellas.

José Miguel Borja